

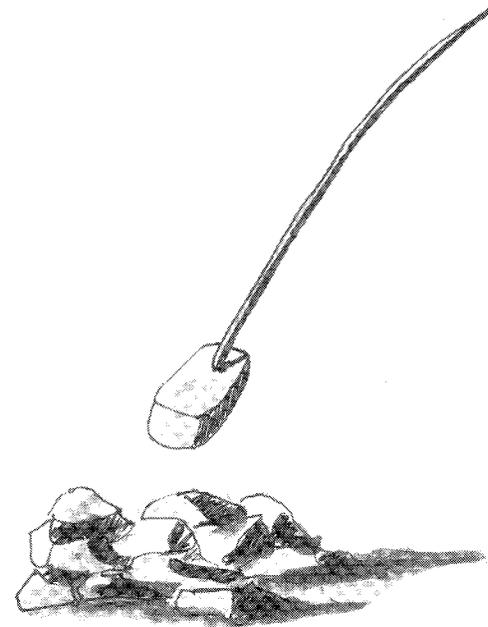
CÓMO SE CONSTRUÍA UN CORTIJO



Para hablar de cortijos o casas de campo, lo primero que hay que hacer es construirlos. Y a ello vamos.

Debo aclarar de antemano, que esta descripción del modo de obrar o levantar cortijos se refiere a cortijos o casas sencillas, es decir, las construidas con el fin primordial de servir de vivienda a familias campesinas más o menos pudientes, que trabajaban directamente sus propias tierras, no a los cortijos de tipo señorial levantados por los propietarios de grandes fincas como auténticas casas de recreo, de igual forma que hoy se levantan infinidad de "chalets" sobre pequeñas parcelas en toda la geografía española.

La diferencia entre aquellos cortijos señoriales del siglo pasado y los "chalets" actuales radica en que los ricos de antes eran bastante más prácticos y previsores que los de ahora, pues solo invertían su dinero en levantar cortijos de recreo cuando disponían de una finca de respetables dimensiones, que era capaz por sí misma de mantener con holgura el cortijo de recreo y todos sus habitantes. En una palabra,



Mazo de picar yeso

que la finca valía siempre mucho más que el cortijo. Los ricos de hoy lo hacen exactamente al revés. Sobre parcelas ridículas y totalmente improductivas se levantan edificios suntuosos, lo cual no deja de ser un tremendo disparate, ya que una simple huelga de empleados de gasolineras o de tiendas de comestible hace absolutamente inhabitables estas costosas construcciones campestres sin campo.

A los señores de los cortijos de antaño no se les podía plantear nunca ningún problema de suministros, porque sus parcelitas, medidas por hectáreas y fanegas, producían por sí mismas muchos más víveres de los que podían consumir todos los habitantes de la finca.

Estos grandes cortijos señoriales, o de recreo, de los cuales hay bastantes en la comarca de que trato,

no se encuentra por lo general tan abandonados como los pequeños que se edificaron para viviendas de campesinos, y aunque también suelen verse algunos vacíos, su falta de ocupantes es menos notable, debido al hecho de que también antes de despoblarse el campo se veían casi siempre vacíos. Únicamente en los meses de verano es cuando se poblaban estos edificios. Era cuando los señores propietarios de las fincas abandonaban la ciudad huyendo del calor y se iban a pasar la temporada en el campo. Hace medio siglo lo distinguido era veranear en el campo.

Naturalmente, estos cortijos grandes, patrimonio de ricos terratenientes que vivían normalmente en las ciudades, se construían de una forma ordenada y seria, con maestros albañiles desplazados de la ciudad, e incluso utilizando planos, de la misma forma que hoy se construye un chalet. En la mayoría de los casos se trataba de edificios de dos plantas, y se distinguían principalmente, y aún hoy día se distinguen los muchos que quedan, como tales cortijos de recreo por el detalle característico de los balcones en la planta superior. Planta que, naturalmente, era la reservada para vivienda del propietario y su familia, mientras que la planta baja se dedicaba indefectiblemente a vivienda de labrador y toda su dependencia, incluyendo en el grupo, además de las personas, los imprescindibles animales de labor y renta, que vivían poco más o menos revueltos.

En estos cortijos grandes, mitad casa de labranza y mitad casa de recreo de los amos, como son la mayoría de los que existen en la comarca, las cuadras y los corrales forman siempre unidad con la casa del labrador o aparcero, y en muchos casos, por no decir en todos, una unidad excesivamente íntima. Esto, que hoy se consideraría gravemente incómodo y arriesgadísimo desde el punto de vista sanitario, no tenía entonces tal consideración, y era, por el

contrario, un elemento de comodidad, ya que el labrador podía atender a sus animales a cualquier hora de la noche sin necesidad de tener que salir a la calle en paños menores, cosa que no resultaba agradable en tiempo de invierno.

Sin embargo, el aspecto más cómodo de tener el labrador la cuadra y el corral unidos a su propia vivienda a través de un postigo no era el de poder atender a las bestias a cualquier hora de la noche, sino el hacer posible atender también otras necesidades personales más urgentes. Conviene aclarar sobre este punto de las necesidades personales, que en ninguna de estas viviendas destinadas a los labradores en los cortijos grandes existía la menor traza de esa pieza íntima llamada retrete y, al no existir tan importante pieccecita, eran las cuadras y los corrales los lugares destinados a suplir su falta. De aquí que a la postre resultara una comodidad tenerlos tan a mano.

Y ya metidos en el tema de los inexistentes retretes en las casas de los labradores, debo añadir que las cuadras y los corrales sólo se usaban como retretes por las noches, ya que durante el día la gente se arreglaba perfectamente al aire libre en la calle, bien entre los macizos de palas chumberas que suelen rodear todos los cortijos de esta zona o en algún lugar más o menos amparado de la vista, usando a modo de papel higiénico las consabidas piedras.

Como prueba de lo socorridos que eran los copetones de palas chumberas para estas expansiones corporales, sirva de testimonio una frase o sentencia muy usada entre los campesinos, la cual decía que para que las palas fuesen buenas y echasen los chumbos gordos y gustosos tenían que oír el mortero; es decir, que tenían que estar tan cerca de la casa que les llegase el sonido del mortero cuando las mujeres lo usaran en la cocina, pues estando

cerca recibirían constantemente el beneficio de las basuras.

Si el lector cae en la tentación de pensar, que debido a esta forma de actuar de las personas, las cuadras, los corrales y los alrededores de las casas estarían siempre llenos de porquería, se equivoca totalmente, porque los excrementos desaparecían en un santiamén del lugar en que se depositaban, gracias al rapidísimo y eficaz servicio de limpieza montado por las gallinas, que andaban sueltas todo el día por las inmediaciones de las casas. La afición de aquellas excelentes gallinas camperas a comerse la porquería de las personas era tan extremada que les permitía incluso adivinar cuando una persona que salía de la casa iba precisamente a dar del cuerpo o a echar una carta, como se decía familiarmente en el campo para suavizar la expresión de ir a cagar. Entonces las gallinas seguían distanciadas a la persona en cuestión, y esperaban pacientemente a que terminara su acción, para lanzarse inmediatamente sobre el codiciado botín. Ni que decir tiene que en el interior de las cuadras y los corrales ocurría exactamente igual.

Si revueltos con las gallinas había algunos pavos, entonces la desaparición de los excrementos era prácticamente automática. Los pavos tienen el pico más grande y actuaban como auténticos aspiradores de porquería.

Esto explica el porqué era muy raro ver excrementos humanos en las inmediaciones de las casas, y aún en pleno campo, a pesar de que el campo estaban bien poblado entonces. En las cercanías de las casas, la desaparición de excrementos corría a cargo de las gallinas, los pavos y los perros, pero en pleno campo, donde no actuaban estos animales domésticos, funcionaban también brigadas de limpieza muy eficaces, integradas por otros bichos no menos entusiastas de la porquería,

tales como las moscardas, los escarabajos peloteros y algunos pájaros. El sistema funcionaba tan perfectamente que el campo aparecía siempre limpio de esos desagradables testigos que los humanos dejan a su paso.

Ni que decir tiene que la vivienda de arriba, es decir, la reservada normalmente al amo en estos cortijos de dos plantas, sí contaba con cuartito retrete, quizás por aquello de no tener la cuadra o el corral tan a la mano. Naturalmente, eran los sencillos retretes compuestos de un poyete y una tabla agujereada en el centro para poder sentarse, pero que cumplían perfectamente su cometido. Lo que no había en aquellos retretes eran rollos de papel higiénico, porque los rollos de papel higiénico eran una rareza en todas partes, supliendo su falta trozos de papel de periódico, en los casos en que llegaban periódicos al cortijo. Cuando no había periódicos a mano, la cuestión se ventilaba con cualquier otro tipo de papel, incluido el papel de estraza que utilizaban en las tiendas para envolver productos comestibles. El papel de estraza era tan áspero que tenía la contextura del papel de lija, pero se lograba darle una cierta suavidad a fuerza de estrujarlo entre las manos, operación que resultaba imprescindible para utilizarlo y que servía de entretenimiento mientras se estaba sentado sobre el agujero de la tabla.

Al hablar de cortijos grandes, y para que el lector no confunda los cortijos mixtos de labor y recreo de dos plantas, ya mencionados, con otros cortijos también grandes y con dos plantas, que también los hay, pero dedicados exclusivamente a vivienda de agricultores, sin ánimo de recreo, debo insistir en el detalle de los balcones, que es una señal inequívoca del carácter del edificio.

Todo cortijo levantado en aquella época por un propietario de finca, para servir de vivienda recreo a su familia y de vivienda permanente sin recreo al

labrador, había de tener por fuerza algún balcón en la planta superior para que los amos pudieran asomarse y tomar el fresco. Lo de asomarse al balcón y poder contemplar el paisaje desde un plano elevado era un distracción muy en boga en aquellos felices tiempos en que se carecía de radio y televisión, y había propietarios tan aficionados a tal distracción que no se conformaban con tener un sólo balcón para asomarse, sino que plantaban tres o cuatro en la fachada y, a veces, uno en cada pieza de las que daban al exterior, llenando toda la fachada de balcones.

En cierto modo, el número de balcones de un cortijo daba una medida bastante proporcionada del tamaño de la finca y de la opulencia de su propietario. A más balcones, más fanegas de tierra y más riqueza.

Sin embargo, este signo externo de la opulencia y el señorío a través de los balcones desaparece totalmente cuando se trata de un cortijo grande levantado por un agricultor profesional acomodado, que tuvo el capricho de poner dos plantas a su casa. Entonces, aunque el cortijo tenga el tamaño de un cuartel, será muy raro que se vea un balcón en su planta superior. Sólo se verán ventanas, y éstas de tamaño más bien reducido. Pero lo más curioso es que en estos cortijos grandes, que podemos llamar de labor, casi nunca se usaba la planta de arriba como vivienda habitual situada en la planta de abajo. La planta superior se utilizaba normalmente como almacén para guardar cachivaches y cosas que precisaban conservarse en sitio fresco y seco, tales como la matanza del cerdo, las semillas, el grano de las cosechas y la paja de las bestias.

Esta dedicación de la planta alta al almacenaje justifica el detalle de que en muchos cortijos de este tipo aparezca entre las ventanas de esta planta una sin reja, pero provista de un puntal o saliente de

madera o hierro en la parte superior del marco. El objeto de este saliente era servir de soporte a la polea que se utilizaba para remontar las cosas que había que guardar en la cámara.

La falta de balcones en estas casas de dos plantas de exclusivo carácter agrícola posiblemente se debería al simple hecho de que sus moradores, los auténticos campesinos, no estaban acostumbrados, como los señoritos residentes en la ciudad, a tener balcones en sus casas y, por tanto, no los echaban de menos. Por otra parte, tampoco podían sentir la necesidad de poseerlos para disfrutar del placer de asomarse a ellos en los ratos libres, porque la verdad sea dicha, les sobraba muy poco tiempo para dedicarlo a estas plácidas distracciones. La vida en los cortijos estaba siempre tan repleta de faenas por hacer que no había posibilidad de aburrirse nunca, ni aún en los días de lluvia. Y menciono los días de lluvia como los únicos teóricamente inhábiles en el calendario campesino, porque la lluvia impedía todo trabajo en la tierra, pero no impedía en cambio hacer infinidad de cosas que estaban pendientes dentro de la casa. Eran tantas las cosas necesarias que se podían hacer dentro del cortijo, cuando no se podía hacer nada en el exterior, que los días de lluvia, por otra parte muy raros, resultaban particularmente distraídos para todo el mundo. Era entonces cuando se encontraba la ocasión de arreglar atalajes y aparejos de bestias, hacer sogas, apañar vasijas o fabricarlas de esparto, etc. etc. Pero en el supuesto de que no hubiese nada urgente que hacer de puertas adentro, o no se tuvieran ganas de hacer nada, los días de lluvia ofrecían a todos los habitantes una emocionante y fructífera distracción, consistente en la búsqueda de caracoles serranos, un deporte parecido a la caza, pero mucho más apacible y cautivador, puesto que no hay derramamiento de sangre ni ruido.

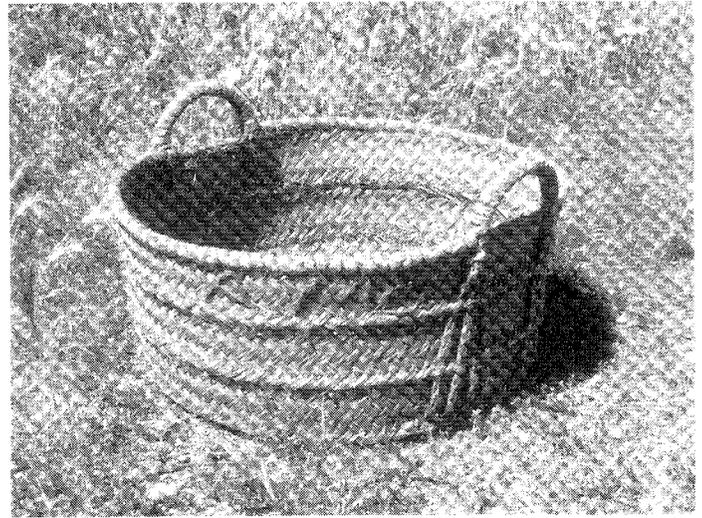
A los lectores de raíces camperas, que tuvieron alguna vez la ocasión de buscar caracoles, no es

necesario decirles nada sobre este inefable pasatiempo que subyuga de un modo increíble. A los que no han disfrutado nunca de ese placer les aconsejo sinceramente que lo practiquen en cuanto tengan ocasión. Descubrirán que es un deporte completísimo en el que se ejercitan todos los miembros del cuerpo, que no cansa nada, y ofrece emociones intensas a cada paso. Sobre todo, cuando uno tiene la suerte de topar con un terreno donde abundan los caracoles y se pueden recoger a dos manos. Es un placer que no puede compararse a ningún otro conocido.

Por regla general, los campesinos no vendían los caracoles serranos o boquinegros que recogían en las pocas ocasiones que podían hacerlo. Los guardaban en sus cachuleros de esparto para poder saborear de cuando en cuando un arroz con caracoles, plato exquisito y muy estimado en la cocina cortijera.

En la construcción de los cortijos o casas de tipo modesto, que era tarea inmediata a la adquisición de la tierra o finquilla que había de presidir, bien por compra o por herencia, era costumbre que interviniese toda la familia del propietario, incluyendo mujeres y chiquillos, porque la principal mira al emprender tan importante obra era gastar lo menos posible, evitando todo gasto innecesario en jornales de peones, habida cuenta de que había unos jornales inevitables en el proceso, que eran los del maestro albañil que habría de dirigir la obra y el del amasador. En algunos casos también se imponía el concurso de un oficial ayudante.

En el campo, y más concretamente en las aldeas y caseríos, siempre había algún que otro maestro albañil formado en el oficio a fuerza de práctica. Eran maestros que a lo mejor no sabían hacer la O con un canuto, como suele decirse, pero que tenían una habilidad asombrosa para levantar paredes a piedra seca sin apenas gastar yeso. El campesino que tenía el propósito de levantar una casa, se ponía



Capazo de esparto

al habla con uno de estos maestros, lo llevaba al sitio que de antemano había elegido para plantarla, y el maestro echaba un vistazo al terreno. Una vez examinado el terreno y enterado verbalmente del proyecto del propietario, el maestro daba las instrucciones pertinentes para el acopio de materiales y la apertura de los cimientos. El maestro ya no volvía hasta que el cliente le avisaba de que todo estaba dispuesto para comenzar a levantar paredes.

La colaboración de todos los miembros útiles de la familia que había de ocupar la nueva casa ya comenzaba con el acopio de materiales y apertura de cimientos.

Lo primero que había que hacer era juntar la piedra necesaria para la obra a realizar, según el cálculo previamente hecho por el maestro albañil a base de carros. Tantos carros de piedra.

En el campo de la comarca que tratamos, la piedra para obras de todo tipo se media siempre por carros, y era tal la práctica en calcular con tan

singular medida que casi siempre acertaban los maestros con el número de carros precisos. Para que el lector no se confunda, conviene hacer la salvedad de que al decir carros se entendía carros de a par, es decir, carros arrastrados normalmente por un par de bestias, que lógicamente cargaban más piedra que los carros pequeños a los que se enganchaba una sola bestia.

Si la piedra en cuestión existía en la propia parcela, bien suelta o en cantera donde arrancarla, la cosa resultaba más sencilla para el propietario constructor, puesto que todo se reducía a recogerla o arrancarla, y transportarla con su carro al lugar de la obra. En esta labor de acopiar la piedra podían intervenir todos los miembros de la familia, en razón a que recoger piedras y echarlas a lo alto del carro no exigía un adiestramiento especial.

Si el constructor no tenía piedra en su finca, la cosa se complicaba un tanto, porque entonces tenía que “emplearse” en algún vecino que la tuviera y hacer la misma operación de recogerla o arrancarla, pero con un transportes más largo y costoso.

Terminada la operación de acopiar piedra, había que emprender acto seguido la operación de acopiar el yeso necesario para la obra; yeso que también calculaba previamente el experto maestro albañil.

El yeso no se medía por carros como la piedra, sino por fanegas, lo mismo que el trigo y la cebada, y la figura física y tangible de tal medida era un capazo de esparto de los llamados terreros, que eran las vasijas que se utilizaban normalmente para el movimiento de tierras. Los tales capazos terreros tenían un tamaño más o menos uniforme en todas partes, pero los que empleaban para medir en las yeseras eran un poquito más tasados de tamaño para que entrara menos yeso.

Dos capazos llenos constituían una fanega de yeso. Sin embargo, cuando se trataba de obras

importantes, como era la construcción de toda una casa, la medida por fanegas no resultaba práctica y se recurría a una medida múltiple y simplificada que era el horno completo de yeso. Un horno, dos hornos, tres hornos, los que fuesen necesarios según la obra a realizar.

Un horno de yeso era sencillamente toda la carga que admitía el horno para cocer, lo que traducido a fanegas debía ser una cifra respetable que sólo el yesero conocía por la práctica, pero que carecía de importancia en este caso puesto que no se medía. El horno de yeso completo se ajustaba por un precio determinado y, una vez cocido el yeso, el propio comprador se encargaba de retirarlo sin molestarse en medirlo. Entre otras razones por la imposibilidad de hacerlo, ya que en este caso el yeso se entregaba en torno, es decir, sin moler, y así no había manera de medirlo a capazos.

La molienda o picado tenía que hacerla luego el comprador por sus propios medios. Si disponía de un rulo de piedra o podía agenciárselo prestado, enganchaba una bestia y en poco tiempo molía una palva, pero si no contaba con este avance técnico del tosco rulo de piedra, entonces tenía que hacer el picado a brazo, a base de golpear con el llamado mazo de picar yeso.

El mazo de picar yeso era un extraño e ingenioso artilugio, consistente en un taco de madera dura, de cantos redondeados, y unos 30 centímetros de largo, que iba sujeto por un extremo a un mango largo de madera flexible, y su manejo se hacía con un movimiento semejante al de un bastón de golf, pero cruzándolo a cada golpe, de forma que el mazo se alzaba alternativamente por la izquierda y por la derecha de la cabeza del picador. Debido a este cruce del mazo y al ritmo acompasado de los golpes, la operación de picar yeso a mano tenía más aspecto de danza ritual que de trabajo. Y ésto se acusaba de un modo más patente cuando sobre una misma palva de

yeso actuaban, a la vez, varios picadores. El movimiento de los mazos cruzándose en el aire a un compás perfecto, y las mudanzas rítmicas de los picadores girando alrededor del montón de yeso, formaban un auténtico cuadro de ballet de sorprendente gracia.

De sobra está indicar que la compra del yeso por hornos completos representaba un ahorro muy considerable y era, por consiguiente, un sistema muy empleado por los constructores del campo, que hacían filigranas de todo tipo con tal de gastar lo menos posible.

Una vez realizado el acopio de la piedra y el yeso, elementos fundamentales de todas las casas del campo de esta comarca, comenzaba la obra propiamente dicha, en la cual, además de todos los miembros útiles de la familia del propietario, ya era necesaria la intervención directa del maestro albañil, que frecuentemente traía como ayudante un oficial, y de modo seguro al "amasar" del yeso.

Esto de amasar el yeso, o lo que es igual, mezclarlo con el agua para formar la pasta, parece una tarea sencilla, pero tenía su intrínquis y era de mucha importancia en el proceso de la obra. De aquí que la colaboración del técnico en dosificar el agua y el yeso en la artesa de amasar, se considerase un gasto inevitable y normal como el del propio maestro albañil.

Si en la familia del constructor se juntaba suficiente número de personas varones, incluyendo a los zagales, para cubrir los puestos, no era preciso que intervinieran las mujeres en la tarea de levantar la casa, pero si los varones no bastaban, ellas también tenían que arrimar el hombro acercando materiales o porteando cargas de agua desde el punto de abastecimiento a la obra. Por supuesto, que el toque final, una vez rematada la obra, que era el blanqueo de paredes por dentro y por fuera, quedaba a cargo exclusivo de las mujeres.

En términos generales se puede asegurar que el noventa por ciento de las casas de campo modestas que se ven diseminadas por estos parajes fueron levantadas de esta forma, en tarea común de todos los miembros de la familia del constructor, aprovechando al máximo todos los recursos disponibles sobre el propio terreno y sin la más remota cortapisa de planos, permisos o licencias. En este aspecto, la ausencia de formalidades administrativas era tan perfecta que ni siquiera se molestaban los constructores en dar de alta la casa en la contribución. Era después, cuando el Catastro hacía sus revisiones, cuando comenzaba la existencia legal de la casa nueva.

Como ya se ha indicado antes, los materiales básicos para levantar una casa eran la piedra y el yeso moreno, (el yeso blanco que es más flojo, sólo se utilizaba para enlucir y blanquear). Las paredes maestras se levantaban de piedra rellenando los huecos con yeso. Para economizar material solía mezclarse a este yeso de relleno arena en proporción variable. Una vez levantada la pared, se "amaestraba", labor que consistía en dar a mano una capa de yeso (ya sin arena) para alisar la superficie y tapar la piedra. Detrás del "amaestrado" venía el enlucido a plana, que dejaba la pared terminada y perfectamente lisa. Esta capa de enlucido final debía hacerse, para que quedara bien, con yeso blanco, pero si el presupuesto no daba para este lujo, (el yeso blanco era más caro) se hacía moreno y luego se blanqueaba con cal.

A las paredes maestras se les daba normalmente un grosor de media vara (unos 40 centímetros) y a los tabiques de división interior que no sustentaban carga un grueso de 15 centímetros aproximadamente. Eran muy raros los tabiques que se hacían de ladrillo, por aquello de que los ladrillos tenían que comprarse y había que economizar. Lo normal era levantarlos con piedras de figura aplanada, que ya se tenía el

cuidado de ir apartando para este fin conforme iban apareciendo en los montones reunidos para la obra. Estas piedras planas se montaban de canto unas sobre otras uniendo las juntas con yeso, y una vez amaestradas y enlucidas por ambas caras adquirían una solidez notable.

Para lumbrerales de huecos de ventanas y puertas, se recurría generalmente a palos más o menos rectos de árboles frutales de propia cosecha, que no costaban nada. Los troncos o ramas gruesas de olivos y almendros eran los preferidos.

Para techar o cubrir aguas se empleaban dos sistemas, cuya adopción tenía mucho que ver con el dinero disponible. Si el constructor contaba con medios, cubría la casa con teja curva, llamada también moruna, que era una cubierta cara, pero segura y duradera. Si los medios eran escasos, se prescindía de la teja y se empleaba el sistema barato de cubrir los techos con tierra roya, que sólo costaba el trabajo de arrancarla de la cantera y portearla hasta la obra.

La tierra roya es una tierra de color morado pardo, producto de la descomposición de un tipo de pizarra que abunda mucho en la comarca. No absorbe el agua, y por tanto resulta un impermeabilizante natural y muy barato. El inconveniente que tenía la tierra roya, que normalmente se ponía en una capa de 3 a 4 centímetros, en polvo y sólo apisonada con los pies, es que cuando llovía fuerte el agua arrastraba una buena parte de la tierra, y era preciso reponerla con cierta frecuencia. A estos techos de tierra roya se les daba una inclinación de 10 centímetros por metro para que corriera el agua, a la cual se le daba salida a través de varias canaleras. Estas canaleras eran tubos de barro que se colocaban del perfil de la fachada, de forma que los chorros del agua cayeran lejos de ella. Como consecuencia de la disolución del pigmento de la tierra roya, el agua que vertían las canaleras era siempre de bonito color malva.

Para ambos sistemas de cubierta, teja o tierra roya, era preciso utilizar vigas de madera (colañas) que se vendían recortadas por sus cuatro caras o en rollizos. El largo más corriente de estas piezas para techar era de 5 varas (420 centímetros) lo que una vez colocadas, descontando la parte empotrada de ambos extremos en los muros de sostén y la inclinación del techo, dejaban una luz entre paredes de 3,50 a 3,60 metros. Esta imposición del largo standar de las maderas, es la única que se tenía en cuenta al trazar el ancho de las habitaciones.

La distancia entre viga y viga oscilaba de 25 a 30 centímetros, y el hueco que dejaban entre ellas se cubría con cañas que se colocaban unidas unas a otras en sentido transversal a las vigas. Para darle firmeza y regularidad a esta capa de cañas, se cosían con guitas de esparto, en grupos de tres o cuatro, a una caña recia, de las llamadas liceras, que se colocaban entre viga y viga y en sentido paralelo a las mismas.

La capa de cañas, cosida firmemente a las liceras y a las vigas con las guitas de esparto, resistía perfectamente el paso de las personas caminando sobre ella. Pero no terminaba aquí el proceso del techo, sino que una vez colocada la caña había que completarlo echándole la alcatifa encima.

La alcatifa, palabra que denuncia a la legua su origen árabe, consistía simplemente en una capa de yeso colocada sobre la capa de caña, de modo que al unirse a ésta y rellenar huecos y fallos formaba un todo compacto y resistente.

La capa de la alcatifa no solía pasar de los dos centímetros, y era corriente mezclarle al yeso una parte de tierra para economizar material.

La teja, o en su caso, la tierra roya, se montaba sobre la alcatifa y el techo quedaba terminado.

La escasez de madera, endémica en esta zona donde no existen bosques de ningún tipo, impuso

en otros tiempos, cuando era más difícil la llegada de madera de otras zonas productoras, otro tipo de techumbre más complicado de hacer, aunque también más duradero. Me refiero a la cubierta de bóveda, hecha a base de piedra y yeso, que aún puede contemplarse en muchas casas antiguas.

Lo más sorprendente de estas cubiertas de bóveda, algunas de un arco atrevidísimo, es que se construían sin formero, es decir, sin el armazón o molde de madera o metal que es obligado en la construcción de arcos.

Los ingeniosos constructores del campo prescindían tranquilamente del formero al hacer bóvedas, no porque no lo necesitaran, sino simplemente porque en el campo no era fácil contar con tablas y listones para construirlo. En las casas de campo se podían encontrar palitroques de todo tipo procedentes de la tala de árboles, pero era maravilla encontrar una tabla labrada, porque las tablas labradas había que comprarlas al carpintero, y ese era un despilfarro que raramente se le ocurría a un campesino.

No obstante, se construían muchos techos de bóveda en el campo, supliendo la falta de medios con ingenio y mañas, del modo siguiente.

Cuando se levantaban los dos muros paralelos que habían de sostener la bóveda en cuestión, se construía un modelo de arco o semicírculo, hecho a base de varas verdes y flexibles de granado, olivo, almendro o baladre, unidas unas con otras con guitas de esparto y afirmadas con traviesas de caña. Con este modelo de arco rústico, del que a veces se hacían dos ejemplares iguales, ya se disponía de una guía perfecta, en cuanto a línea de curvatura, para levantar la bóveda. Como elementos auxiliares sólo hacían falta dos o tres tablones de los utilizados para formar andamios y una porción de palitroques de todo tipo, tal como se cortaban de los árboles, que eran necesarios para puntales.

La forma de proceder era colocar el arco modelo, o los arcos, si se había tenido el cuidado de construir dos, en el extremo de la pared, bien nivelado en sus vértices, y en el extremo opuesto, el arco gemelo, si lo había. Entonces se montaba sobre el borde interior de la pared maestra un tablón a lo largo de la misma, dándole la inclinación que indicaba el arco modelo. Este tablón, que servía de sustento y base a la primera hilada de piedras, se fijaba firmemente al suelo con palos y pegotes de yeso. Sobre esta base del tablón se iban colocando hiladas de piedras de forma más o menos plana en sentido horizontal y unidas con yeso, procurando, al sentar las piedras, que la parte más gruesa de las mismas quedase en la parte superior de la obra, de forma que las propias piedras ayudaran a formar la curva de la bóveda y sirvieran de llave para el cierre de la misma.

Una vez cubierto de obra el primer tablón de arranque, se añadía otro a continuación debidamente apuntalado como el primero y se seguía la obra de colocar hiladas de piedra, o bien se iniciaba el arranque del arco en la pared de enfrente. Normalmente no se avanzaba por un lado del arco más altura de la que daban dos tablones unidos, a fin de dar tiempo a que el yeso tirara mientras se avanzaba la obra en el lado contrario.

Debido a tal procedimiento, los techos en bóveda avanzaban por los dos arranques del arco a la vez, y en sentido longitudinal al largo de la bóveda, hasta que las hiladas de obra se unían en el centro con una hilada final de piedras previamente escogidas en su forma para que sirvieran de clave.

Para evitar la retención y filtraciones de la agua de lluvia, la superficie exterior de la bóveda se enlucía con yeso. En la parte interior no era necesario tal requisito, puesto que los talones que se colocaban de soporte sujetaban el yeso blando que rezumaba entre las piedras y dejaba la superficie lisa, aunque marcada a tiras por las juntas de los tablones.

Estas bóvedas así construidas resistían perfectamente el piso de habitaciones colocadas encima, que en muchos casos eran graneros que en los buenos años de cosecha encerraban miles de kilos de grano.

Un detalle final sobre la construcción de las casas del campo, y es que casi todas ellas tienen la fachada orientada a mediodía o levante. Excepcionalmente podrá verse alguna mirando al norte o al poniente, pero son rarísimas, y es seguro que las pocas que rompen con la norma general de mirar al levante o al mediodía, deben su orientación poco ortodoxa a una imposición del terreno.

